

# García de la Huerta contra Fernández de Navarrete y Vargas Ponce, o lo que vale un enemigo

Fernando Durán López  
*Universidad de Cádiz*

La vida literaria madrileña de la segunda mitad del XVIII conformaba un mundillo reducido y un tanto tóxico, cuyos integrantes peleaban en agresivas banderías por cuestiones estéticas y conceptuales, gramatiquerías, puntillos de vanidad o, más frecuentemente, aunque no se confesase, por acceder al codiciado paquete de prebendas que se repartían quienes gozaban del favor oficial y los adecuados contactos. Eran muchos hambrientos a comer del mismo plato y en aquella república de las letras casi todo pendía de tener tales amigos o cuales enemigos. Visto hoy desde fuera y visto entonces desde dentro, se contempla un paisaje ensombrecido por rencores, suspicacias a flor de piel y una rabia poco edificante. Escribía Moratín a Juan Bautista Conti, como quien da un rutinario parte de guerra, con no poco de jeremiada hipócrita:

en Madrid siguen las guerrillas literarias con un encarnizamiento lastimoso; se tratan como verduleras, se escriben prosas y versos ponzoñosos, se ridiculizan unos a otros, se zahieren y se calumnian en términos que nada falta para llegar a los puños y concluirse las cuestiones de crítica y buen gusto con una tollina general. Ni sé lo que puede ganar en esto la instrucción pública, ni alcanzo cómo es posible que los que hacen profesión de litera-

tos se olviden tanto de lo que enseñan la buena educación y la cortesía<sup>1</sup>.

Al interpretar estas polémicas no hay que olvidar que en ellas las actitudes intelectuales, las teorías poéticas o los postulados político-ideológicos solo explican una parte de los alineamientos: la que hoy más nos suele interesar. El resto de claves manan de un espeso y a veces indescifrable entrecruzamiento de clientelismos, parentescos, paisanajes, corporativismos, rivalidades, deudas o agravios. Esto explica el volumen, densidad y encono de las controversias públicas, semipúblicas o privadas que agitan la literatura. Cuanto más volcados estaban los escritores hacia sí mismos, y menos dependían del aprecio del público y la rentabilidad comercial de sus producciones, más espacio literario acaparaban sus enfrentamientos, pues en ellos se jugaban el prestigio, el honor y los galardones materiales por el oficio de escribir, que en muchas ocasiones se convertía en el delicado oficio de agradar a las personas convenientes o en el enojoso expediente de ser enemigo del enemigo de tu amigo, o amigo del enemigo de tu enemigo. Por eso, cuando la sociedad española articule una cultura más profesionalizada y una verdadera opinión pública moderna, sobre todo tras la década de 1830, menguarán drásticamente en cantidad, calidad y relevancia las controversias entre escritores, que en adelante solo alimentarán con algunos humildes manantiales el proceloso océano del ruido mediático en la sociedad abierta, y luego en la cultura de masas.

Antes de eso, el escritor polemista que se batía ardorosamente con quienquiera que le reprochase una coma y gastaba horas y resmas en argüir y redargüir a sus émulos, servía de pilar a la república de las letras, porque creaba nodos muy densos en la red que interconectaba a todos los autores, pero no de una manera regular y bidireccional, sino mediante haces de relaciones que hacían que algunos fuesen centros de irradiación y otros simples terminales. El polemista es siempre un centro potente: crea estructuras de sociabilidad, alinea a amigos y

<sup>1</sup> Carta de 26-VI-1787, en *Los Moratines. Obras completas I. Obras de Nicolás F. de Moratín. Diarios. Epistolario de Leandro*, ed. Jesús Pérez Magallón, Madrid, Cátedra, 2008, pág. 1179.

enemigos, se convierte en alguien imprescindible, no necesariamente dando a ese término su sentido positivo. Como en un campeonato de boxeo, todo púgil nuevo desea retar al campeón que ha dejado a muchos adversarios en la lona y hacerse con su corona..., o bien se conforma con desafiar a algún boxeador sonado al que sea más fácil derrotar para hacerse un nombre. El arte de crear polémica con el fin de situarse en el mapa no lo han inventado los programas televisivos de chismorreos y cada polemista atrae hacia él, a modo de pararrayos, intensas expectativas ajenas que multiplican su centralidad.

\*

Es cuestión de posición, pero también de carácter. En ese sentido Vicente García de la Huerta constituye uno de esos nodos de la vida literaria madrileña en la década de 1777 a 1787, uno de esos literatos susceptibles a quienes resulta productivo provocar, porque responden siempre, algo que ha destacado siempre la crítica como un rasgo negativo<sup>2</sup>. Resulta inevitable intentar leer esa centralidad en términos de historia literaria: sin duda el asunto del teatro era trascendente en aquel sistema sociocultural y sus cuantiosos volúmenes del *Theatro Hespáñol* se internan por un territorio erizado de minas y barricadas, donde combaten la poética neoclásica, el honor nacional, el gusto del público, las ganancias contantes y sonantes en taquilla y la presión para orientar una agenda gubernamental en materia de espectáculos dramáticos y control social. Aunque sus polémicas más intensas son posteriores a 1785 y llegan hasta su muerte en 1787, ya antes era un escritor muy marcado, metido en controversias desde su regreso del destierro en 1777 y el estreno de *Raquel* en 1778. Padeció, por azares personales, de carácter y de clientelismo, un severo aislamiento, lo que Lama denomina «la separación del ambiente literario en el que se desenvolvía no sin éxito y sin reconocimiento público»<sup>3</sup>. A partir de cierto momento, se convierte para los neoclásicos más militantes en

<sup>2</sup> «Su poesía es en realidad marginal en una actividad literaria consumida en gran parte en polémicas que hoy no nos interesan», Joaquín Arce, *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alhambra, 1981, pág. 230.

<sup>3</sup> En Vicente García de la Huerta, *Poesías*, ed. Miguel Ángel Lama, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1997, pág. 20.

una referencia negativa cómoda de atacar, un escritor desfasado en quien y contra quien compendiar el deseo de cambio estético<sup>4</sup>. A dicho resultado contribuyó no poco su caída en desgracia entre 1766-1777, en que estuvo perseguido y desterrado. El ostracismo coadyuvaba a desgajarlo de su generación de escritores, a desvincularlo de la siguiente y a convertirlo en objeto predilecto de pugilismos literarios por su contraste con el curso seguido por la literatura española en su ausencia.

Estas circunstancias literarias solo explican en parte que levantara tantas impugnaciones y se peleara a brazo partido con Iriarte, con Samaniego, con Forner, con Moratín, con Jovellanos... Resulta ingenuo pensar que ocupa tan tormentosa tribuna de polemista por la entidad ideológica o poética de su obra, o porque hubiera un cúmulo de tensiones en torno a la cuestión teatral o cualquier otra. En realidad, es un problema de socialización literaria, del modo como los escritores usaban esas disputas para conseguir determinados objetivos. Atacarse y aliarse eran operaciones básicas de la carrera de escritor y a menudo la literatura era una mera excusa para la vida literaria, que es cosa bien distinta. Voy a ocuparme de uno de estos enfrentamientos, uno de tantos en que, por un quítame allá estos versos, se van enlazando réplicas que enganchan, como cerezas, a unos contendientes con otros, ocultando intenciones más aviesas bajo pretexto de discrepancia poética. El choque de Huerta con dos jóvenes marinos, Martín Fernández de Navarrete y José Vargas Ponce, permite analizar distintos usos de las polémicas literarias: en el primero, Navarrete, estamos sobre todo ante una operación sustitutoria, en que se disimula como crítica literaria una comprometida censura político-militar; en el segundo, Vargas, la controversia poética pasa a primer plano, pero opera como un medio intencionado para integrarse en la élite del Madrid ilustrado por parte de un autor novel ansioso de reconocimiento y contactos.

\*

<sup>4</sup> «En la insistencia mostrada por significativos hombres de letras para polemizar con García de la Huerta observamos la necesidad de afirmarse contra algo, de reconocerse como portadores de una nueva estética frente a lo caduco representado por nuestro autor», Juan Antonio Ríos Carratalá, *Vicente García de la Huerta (1734-1787)*, Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 1987, pág. 4; citaré por la reed. en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

En 1783 y 1784 —sigo el relato de Guastavino Gallent<sup>5</sup>— se lanzaron sendas expediciones españolas contra los sempiternos enemigos de Berbería, con quienes se contaban ya tres siglos de mutuos asaltos costeros y navales, conquistas, desembarcos, fracasos, cautiverios, hostigamientos, etc. La coyuntura del día habla de un recrudecimiento de la actividad corsaria en el Mediterráneo y de la nueva política de Floridablanca para celebrar tratados diplomáticos con la Sublime Puerta y las Regencias berberiscas. Como la de Argel se empecinase en rechazar el tratado, Carlos III ordenó bombardear la ciudad desde una escuadra. El castigo le fue encomendado al mallorquín Antonio Barceló, jefe naval de gran popularidad, curtido desde joven como simple marinero en las escaramuzas con los corsarios, audaz y valeroso, pero carente de formación técnica y desdeñado por los oficiales de carrera. El cañoneo, realizado durante varios días en verano, fue denodado, si bien con resultados discretos debido a la línea de defensa interpuesta por la flota argelina, que los navíos españoles no pudieron desbaratar e impidió disparar desde más cerca; el ataque del 84, más ambicioso y a cargo de una escuadra mayor combinada con malteses, napolitanos y portugueses, hubo de interrumpirse antes de tiempo. Muchos lo entendieron como un fracaso, aunque quizá era más justo verlo simplemente como otra de una infinita serie de refriegas que nunca alteraban el tablero geopolítico regional. Argel firmó el tratado en 1786 y se canceló una tercera expedición.

Ambas campañas dieron ocasión a los acostumbrados panegíricos que concurrían a cada reclamo que ofrecían la regia familia o los hechos de armas. El siempre oportunista y avisado Nipho publicó hasta cinco piezas en loor del ataque de 1783 y otras análogas espigan Guastavino Gallent y Ríos Carratalá<sup>6</sup>. Vicente García de la

<sup>5</sup> Guillermo Guastavino Gallent, *Los bombardeos de Argel en 1783 y 1784 y su repercusión literaria*, Madrid, CSIC, 1950, págs. 9-19.

<sup>6</sup> Guastavino Gallent, *Los bombardeos de Argel*, ob. cit.; y también «Otra versión poética de los bombardeos de Argel por Barceló», en *De ambos lados del estrecho, estudios breves hispano-africanos*, Tetuán, Instituto General Franco, 1955, págs. 103-118. Juan Antonio Ríos Carratalá, «Vicente García de la Huerta y los bombardeos de Argel (1783-1784)», en *España y el norte de África. Bases históricas de una relación fundamental. (Aportaciones sobre Melilla)*, Granada, Universidad, 1987, tomo II,

Huerta no faltó a la cita: dio a imprenta un largo romance endecasílabo para glosar la campaña del 83 (*Endecasílabos que con motivo del bombardeo de Argel...*, 248 vv.) y en 1784 redundó con el romance octosílabo *Elogio del Excelentísimo Señor D. Antonio Barceló, con motivo de la expedición contra Argel en julio de este año 1784. Por D. Vicente García de la Huerta, entre los fuertes de Roma Antioro, entre los árcades Alethophilo Deliade, &c.* (328 vv.)<sup>7</sup>. El zafrense era un habitual del género celebrativo, que casi todos los escritores del día frecuentaban en una u otra medida. No es que fuese más adulator o venal que otros (no se arrugaba ante enemigos poderosos, como prueba su colisión con un conde de Aranda en el culmen de su autoridad), pero es obvio que estas loas eran un resorte vital de su posicionamiento como hombre de letras. Había dado ya muestras en la década de 1760, y luego de su regreso del destierro añade un matiz más ansioso e intencionado a sus versos de circunstancias, con los que procura encontrar amparo cortesano. Lama los agrupa bajo un denominador común: «todos los versos, pertenezcan al grupo temático que pertenezcan, emanan de la figura del rey como centro del elogio, a través del cual se distribuyen personas y acontecimientos concretos de desarrollo de las composiciones»<sup>8</sup>. Como versificador áulico impetra con cualquier pretexto la atención de Carlos y de Floridablanca y busca arrimarse al calor que emite el sol de la monarquía, fuera de cuyo alcance solo había un frío páramo, el que el extremeño experimentó en sus años de Orán. Pero según señalaba Arce, sus elogios al rey no están «en relación con los ideales [ilustrados] del tiempo, sino reducidos en general al vacío elogio genérico, a poesía meramente encomiástica»<sup>9</sup>. No hacía, pues, ejercicios de exaltación de un programa de gobierno, sino de acatamiento a la idea misma del poder.

\*

págs. 57-65. Del mismo Ríos Carratalá véase el § V.1 de su monografía ya citada, que resume toda la polémica.

<sup>7</sup> Un análisis más completo de los poemas argelinos de Huerta, que no es aquí mi propósito, puede leerse en Ríos Carratalá (*Vicente García de la Huerta*, ob. cit., págs. 165 y ss.) y en la edición de Lama, ya citada.

<sup>8</sup> *Poesías...*, ed. cit., pág. 46.

<sup>9</sup> Joaquín Arce, ob. cit., pág. 231. Cf. también Juan Antonio Ríos Carratalá, *Vicente García de la Huerta*, ob. cit., pág. 136.

La composición de Huerta de 1784 —acumulando en ella también la de 1783— motivó la réplica bajo seudónimo del marino Martín Fernández de Navarrete, que por entonces tenía diecinueve años, carecía de reputación literaria y daba sus primeros pasos en la carrera naval. Por ser un desconocido y porque era lo habitual en tales casos, ocultó su nombre y la hizo correr bajo el rótulo de *Carta a don Vicente García de la Huerta, manifestándole algunos reparos críticos del Elogio... Enviósele su amigo Don Pancracio Lesmes de San Quintín. Año de 1784*. La editó por primera (y creo que única) vez Guastavino Gallent<sup>10</sup> según manuscrito de la Biblioteca General del Protectorado español en Marruecos; otro manuscrito fue consultado por Jesús Cañedo entre los papeles de Navarrete en el Archivo de los Marqueses de Legarda, en Ábalos (La Rioja)<sup>11</sup>.

La censura de Navarrete fue escrita en Cartagena, base desde la que había operado la escuadra de Barceló, y recoge testimonios orales que desmienten el relato y el tono del poema. Huerta había insistido en la grandeza de Barceló, «aquel insular valiente» (v. 32) a quien da el tratamiento digno de los más encumbrados héroes míticos, pues «al mismo bátraco asusta» (v. 41), actúa «con prudencia industriosa / y celo heroico» (vv. 49-50) y es divinizado como «marino Marte» (v. 254), además de convertirse en «nuevo Escipión» (v. 77) con mejor derecho que aquel célebre romano al título de *Africano*. Se refiere a Barceló como «el Héroe» y se asocia a su perpetua grandeza al cantar «los hechos que por mi pluma / durarán eternamente» (vv. 287-288). Mucho ruido para tan pocas nueces fue lo que pensaron no pocos oficiales de la Armada que leyeron encomios tan subidos y Navarrete se aplicó a fondo, so capa de acusar a Huerta de mal poeta, a abatir a ras de suelo la epicidad del bombardeo, mostrándolo como una acción menor poco eficaz, mal ejecutada y nada gloriosa. El comienzo de la *Carta*, envuelto en cortesías impostadas hacia los éxitos y prestigio literario de Huerta, proclama en seguida su objeción:

<sup>10</sup> *Los bombardeos de Argel*, ob. cit., págs. 103-121.

<sup>11</sup> Jesús Cañedo Fernández, «Martín Fernández de Navarrete, crítico literario. Un joven marino y la literatura a finales del siglo XVIII», en Eugenio de Bustos Tovar (dir.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, Salamanca, AIH-Consejo General de Castilla y León-Universidad de Salamanca, 1982, vol. II, págs. 243-253.

los elogios están excesivamente exagerados y por consiguiente nada valen. Dirá usted que son panegíricos y que por tanto han de ser hiperbólicos; pero esto nada arguye para que los hipérboles sean tan excesivos, disparatados y dictados por una tenacidad y ciega preocupación que, bien arraigada, es difícil de desprenderse de aquellas cabezas que no ceden a la razón por no contradecirse o por ser constantes en su primer dictamen; porque se ha de elogiar la verdad y realidad de los hechos beneméritos, no siendo lícito al panegirista inventar acciones brillantes ni abultarlas con las expresiones que dicta la ciega pasión (págs. 107-108)<sup>12</sup>.

Navarrete acusa a García de la Huerta de pintar Argel como una ciudad devastada por el bombardeo, lo que no se compadece con los testimonios de que sigue en plena actividad y sin destrozos a la vista; alaba la pericia argelina para impedir acercarse a la escuadra y deja caer que «su campeón de usted» (pág. 109) se distrajo mucho rato antes de ordenar abrir fuego a nuestra línea y que luego perdió el momento propicio para retirar la flota con viento favorable, provocando con ello grandes pérdidas en buques y pertrechos que hubo que abandonar; discute el objetivo de la campaña y el modo mejor y más barato de reprimir la piratería, lamentando que los bombardeos hayan costado más de dos millones de pesos y concluyendo que la «felicidad pública» (pág. 111) exige no repetir esas expediciones. Esto último supone un ataque frontal a la estrategia del gobierno y a su alto mando naval. Regatea los méritos anteriores de Barceló, que atribuye a otros oficiales a quienes el mallorquín se los robó con descaro; ahora acusa a Huerta de querer usurpar también sus hazañas a los Escipiones. Es llamativa su dureza con Barceló, sin disimulo alguno, tanto en su personalidad y carrera, como en cada decisión que tomó en 1783 y 1784, todas equivocadas a su juicio.

Así pues, la polémica literaria desatada por Navarrete se sustenta sobre el desnivel existente entre los hechos reales y su presentación heroica; es decir, encubren una polémica sobre el acierto de Barceló en el mando, algo que en 1784 era impensable debatir abiertamente y en público. En cambio, se podía discutir de versos, así que meterse

<sup>12</sup> Cito siempre por la edición mencionada de Guastavino Gallent, modernizando ortografía, como en el resto de citas del presente trabajo.

con García de la Huerta era un medio poco disimulado de cuestionar a su «héroe» Barceló. Si los bombardeos no eran dignos de un despliegue épico, no eran únicamente los versos los que quedaban bajo sospecha, sino la heroicidad de los hechos versificados. En ese sentido no es baladí que Vargas Ponce y Navarrete estuvieran cercanos al entorno del conde de Aranda, mientras que Huerta —represaliado por aquel— adulaba en sus poemas al conde de Floridablanca, responsable político de las expediciones (había sido fiscal en uno de los procesos contra Huerta, pero su ascenso al poder en reemplazo de Aranda supuso para él el final del ostracismo).

Una segunda batería de críticas, mucho menos extensa, son estilísticas, y aquí entra la cuestión del gusto neoclásico. Apenas abarcan una decena de detalles, aunque tienen su importancia a la hora de envolver de literatura una andanada que apunta lejos de ella. Le afea la impropiedad de varias expresiones: «último horizonte», que carece de sentido astronómico; «sonoras tempestades», que Navarrete entendía como mala traducción de un lugar virgiliano («tempestatesque sonoras», *Eneida*, lib. I), donde el «sonoro» castellano no daba el sentido del latín *sonorus*, que habría de verse por vocablos que transmitieran horror y ruido; el adjetivo «generosas» para referirse a aves de rapiña que levantan sus garras para despedazar. Un reparo que daría juego es el uso de «sacre» (ave de la familia de los halcones, pero también un tipo de pieza artillera): Navarrete reprocha a Barceló la metáfora «sacres nadantes» pensando que se refería a las medias culebrinas e ignorando que la palabra también designaba a las rapaces.

Además de las censuras político-militares y poéticas, un tercer elemento critica Navarrete, también asumido por Vargas Ponce. En los dos poemas Huerta destaca en el marino mallorquín las dotes naturales, oponiéndolas al estudio matemático, naval o balístico que ya por entonces dominaba las artes de la guerra que se impartían en las academias militares. En sus *Endecasílabos* se ufana de que Barceló operase «sin sujeción a inciertas teorías, / movimientos, lugares y distancias» (vv. 203-204) y declara que el genio posee ideas «innatas» (v. 206); y en el *Elogio* insiste en que a «un genio sobresaliente, / mejor que débil estudio» lo guían «juicio y práctica» (vv. 94-96). Ese desprecio del estudio indignó a jóvenes ilustrados partidarios —sacerdotes casi— de la educación formal. Navarrete y Vargas Ponce se habían fogueado en las flotantes contra Gibraltar y el gaditano llegó

a ser dado por muerto en una de ellas, pero eran ante todo hombres de letras para quienes menospreciar las ciencias era pecado capital<sup>13</sup>. La oposición entre ciencia e instinto, sabiduría adquirida y genio innato, se construye en cierta medida en paralelo al barroquismo ignorante que los neoclásicos idólatras de las reglas del buen gusto atribuyen al viejo poeta extremeño. Era también una cuestión de conocimiento y Navarrete se alarma de que poemas así malogren a una juventud que necesita «estímulo y aplicación a los estudios» (pág. 114) y hagan vanos los afanes de Carlos III por fundar centros para el fomento científico.

Cabe destacar por último el avieso golpe bajo que Navarrete propina al final de un escrito que había comenzado con halagos. Afirma con sorna que tantas notas como había puesto Huerta sobre «anti-güedades, usos y costumbres de los africanos» denotaban «tal exactitud y nimiedad que se conoce de mil leguas que ha tocado usted con la mano las cosas que pinta» (pág. 120). Aludía de este modo al destierro del poeta en Orán. Tras eso, vuelve a un displicente paternalismo y le aconseja enterrar esa clase de obras, entre alabanzas de la *Raquel* y otras prendas de mérito de Huerta.

\*

La carta de Navarrete circuló manuscrita, pues se apresuró a darla a leer en los círculos adecuados. En concreto buscó la complicidad de Tomás de Iriarte, a quien había tratado desde los dieciséis años y con quien se había cartearado alguna vez<sup>14</sup>. Al parecer, remitió su carta anónima a este, a Jovellanos y a otros, pero Iriarte le conoció la letra

<sup>13</sup> «Ingenuamente confieso que me han escandalizado estas proposiciones publicadas por un hombre que se ha adquirido lugar entre los literatos modernos» (*Carta* de Navarrete, ed. cit., pág. 113). Explica luego que buena parte del fracaso de la expedición se debía a la falta en Barceló de «las teóricas ciertas (a pesar de usted) que presta la artillería para conocimiento del alcance, y la navegación y geometría para situarse en él» (pág. 113), lo que hubiera evitado desperdiciar cerca de cinco mil bombas.

<sup>14</sup> Emilio Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1897, pág. 279; en ese libro se editan varias cartas de Navarrete a Iriarte, procedentes de la Biblioteca Nacional.

—algo que sin duda no desagradó al joven crítico, ansioso de ser reconocido— y le remitió una misiva donde amplificaba el impacto de su escrito: «he leído con gusto dicha carta y [...] la he dado a leer a varios curiosos por cuyas manos anda corriendo»<sup>15</sup>. En la relativa intimidad del correo, Iriarte felicita a Navarrete, le dice que su opinión era compartida por «todos los hombres sensatos», le explica que parte de los defectos de Huerta se deben a que había escrito su poema en forma de profecía antes del final de la expedición y «aunque esta no fue tan feliz como se esperaba, no quiso el poeta desperdiciar los versos ya hechos», le señala su traspies en «sacres» avalando el resto de sus reparos y autorizándolos con citas de sus propias obras.

Navarrete le contestó largamente desde su destino cartagenero un par de semanas después, con fecha 19-X-1784<sup>16</sup>. Destacaré en esta misiva que confiesa haber ansiado recibir carta suya por «los motivos que concurrían para anhelar su última respuesta». Ese anhelo no puede ser otro que conocer su reacción al escrito contra Huerta. A esto se suma el regocijo por haber sido reconocido: «al primer golpe acertó con la carambola y dio usted con el verdadero autor», mientras que Huerta daba palos de ciego. Navarrete ha intentado hacerse con la réplica que el zafrense para entonces ya había escrito contra *Pancraccio Lesmes*, pero aún no había podido, aunque conocía algunos de sus términos. Huerta había enviado una copia a un individuo en Cartagena para pedirle algunos datos y Navarrete lo sabía, aunque no tuvo acceso al documento.

Me han asegurado que la contestación a mi crítica está algo inso-lente, y sus razones muy vagas y generales, extendiéndose con mucha debilidad y pocos fundamentos sobre la voz *sonoro*, la significación de *pocos*, *último horizonte* y sobre otras notas que fundan ya su mayor peso y solidez en la aprobación de usted y en el juicio que antici-

<sup>15</sup> Esta carta de Iriarte a Navarrete, fechada en Madrid, 30-IX-1784, se publicó en el *Semanario Pintoresco Español*, año IX, nº 11 (17-III-1844), págs. 86-87, y por ahí cito. Navarrete también incluyó pasajes en una «Advertencia» posterior que adjuntó a algunos de los manuscritos de su *Carta*, y que puede leerse en Guastavino Gallent, págs. 123-125. El aval de Iriarte constituye el principal argumento de autoridad de Navarrete en la parte literaria de la controversia.

<sup>16</sup> Esta carta la editó Cotarelo, ob. cit., págs. 557-560.

padamente había hecho ya en esa corte de que el dichoso elogio era muy exagerado e inoportuno.

Aquí Navarrete remeda lo que Iriarte le había dicho en su carta anterior, regodeándose en formar bando junto con él y los «sensatos» de la corte. El resto es adulación hacia Iriarte a propósito de algunas consideraciones a que había dado lugar la crítica: su acierto en usar «horrisono» para *sonorus*, su razón al advertirle el error de «sacre» y anécdotas contra Huerta que crean un ambiente de complicidad y bandería entre ambos. Bien es cierto que nada une más que un enemigo común: «más creo se ocupa en responder con magisterio y altivez que en satisfacer a mis cargos; no siendo de extrañar en su carácter, y más con el pasaje que voy a contar a usted», y procede con desahogo a contar a Iriarte una disputa entre el abate Cerutti y Huerta por la traducción de la *Xayra*, en la que el extremeño contestó con «altanería, arrogancia y altivez» presumiendo de que sus años y su reputación literaria bien le autorizaban a dar lecciones a otros. Cada impropio contra Huerta parece introducirle más en la confianza de Iriarte y, por lo tanto, en un selecto círculo de escritores cortesanos. Por el lado literario —el único que toca Iriarte— no interesaban los méritos de Barceló ni los fallos de su estrategia, y tales puntos ni se mencionan, a pesar de haber sido la materia crítica principal. En la «Advertencia» posterior, Navarrete copió un parrafito de la carta en que Iriarte le volvió a contestar, el 9-XI-1784, donde le aconsejaba no hacer caso de «papelotes» y olvidarse de un escritor a quien ni sus amigos ya daban la razón, y a quien todos reprochaban su «soez estilo» de defensa.

\*

Don Vicente, como queda dicho, era un escritor fácilmente provocable y, según era de prever, había saltado como un resorte en cuanto tuvo noticia de la cartita de *Pancracio Lesmes*. No hay que engañarse: eso buscaba Navarrete y el colérico plumífero de Zafra cumplió lo que se esperaba de él, proyectando su ira contra un anónimo escritor a quien, de esta manera, otorgaba carta de naturaleza en la república literaria. Se abalanzó contra el fantasmal *Lesmes* en unas *Notas marginales o apostillas*, que no se nos han conservado (es la pieza que menciona la correspondencia con Iriarte). El problema fue que, ya que Navarrete era un desconocido en Madrid —salvo para

Iriarte y algún otro—, el poeta agraviado no tenía elementos para determinar contra quién embestir. Sabía que estaba ante un marino con pujos de literato, pero por algún motivo conjeturó con la autoría de un cercano amigo de Navarrete, José Vargas Ponce, o de algún otro, pues no lo sabía a ciencia cierta. Vargas sí tenía algo de nombre por haber ganado a fines de 1782 el concurso de elocuencia de la Real Academia Española y, como numerario de esta, consta que Huerta había acudido a las juntas en que se decidieron los premios<sup>17</sup>. Pero de paso en sus *Notas* atacaba también a Iriarte, por atribuir a su círculo la autoría o, al menos, la divulgación de la carta en Madrid (esto era cierto y no habría dejado de llegar a sus oídos).

En cuanto a Vargas Ponce, que tenía su base en la bahía de Cádiz y se preparaba para los trabajos del atlas costero español a las órdenes de Vicente Tofiño, el 28-IX-1784 había escrito a Navarrete felicitándole por su crítica y agradeciéndole el envío de una copia<sup>18</sup>. Poco después supo de las *Notas* en que Huerta le mencionaba y estalló de gozo. Sin duda corresponde a un momento inmediatamente posterior una carta sin fecha desde Cádiz, donde exterioriza su alegría por verse atacado por tan ilustre contrincante y se dispone a responderle antes de saber qué decía de él:

con la petición, con la súplica, con el conjuro que me envíes copia del cartapacio de Huerta, porque estoy comiendo mis carnes hasta que pueda comer de las tuyas, porque creo que he de quedar en los huesos hasta tanto que le dé alguno que roer, que lo atragante, y porque quiero comprar mi sosiego, de que carezco, a costa de mi tranquilidad, con que estará ahora repapilándose<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Nos podemos figurar que, si Huerta pensó que el marino gaditano era su contradictor, fuera porque él hubiese estado en contra de otorgarle el premio, pues la decisión fue disputada y no exenta de reparos al premiado. Pero no hay datos ciertos; véase sobre esto mi edición de José Vargas Ponce, *Obras escogidas*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2012, págs. XXXIII-XXXIV.

<sup>18</sup> Carta a Navarrete, Biblioteca del Museo Naval (BMN), ms. 2403, autógrafa, copia fotográfica. Sobre las peculiaridades de este epistolario conservado en fotografías en el Museo Naval a partir de sus originales de Ábalos, véase lo que se explica en *Obras escogidas*, ed. cit., pág. XVIII. De esta carta se colocó un pequeño pasaje también en la «Advertencia» ya citada de Navarrete, pág. 125.

<sup>19</sup> Carta a Navarrete, BMN, ms. 2218, f. 2, autógrafa, copia fotográfica.

Ese estilo guasón y desvergonzado lo usaba Vargas siempre en su correspondencia y le hizo famoso —y a veces fastidioso— para sus allegados. Y tal como prometió, después de hacerse con una copia del escrito de Huerta, le enderezó el 21-XII-1784 otra larga carta para replicarle, haciéndole saber que no era el autor, pero vertiendo sus propias críticas. De este modo la tarjeta de presentación de Navarrete en el Parnaso de la corte acabó siendo compartida por su amigo, no menos ansioso de acceder a los mentideros literarios madrileños. Desde muy joven venía enviando originales a los concursos de la Academia Española. El año en que había estado a punto de perecer ante Gibraltar, había conseguido que le premiasen y editasen su *Elogio de Alfonso el Sabio*; en 1784 él mismo practicó la poesía celebrativa publicando una relamida *Oda* al nacimiento de los infantes gemelos (Huerta escribió otra con idéntico motivo). Cualquier análisis de sus escritos y pasos en esos años deja a la vista su ansiedad por iniciar una carrera pública en Madrid. El error de Huerta le daba un incuestionable derecho a inmiscuirse en la polémica, y lo hizo con entusiasmo. Esta es la versión que insertaría en su autobiografía literaria escrita treinta años más tarde:

Por entonces publicó D. Vicente García de la Huerta un romance en elogio de D. Antonio Barceló, en que zahería algo la marina real, con menosprecio de las teorías sublimes de sus oficiales. Varios de estos criticaron aquella composición, cuyo autor supuso ser de Vargas una de estas críticas, que corrió con aplauso. Vargas, para desengañar a Huerta de que no era suya (la escribió su amigo D. Martín Fernández Navarrete, que a la sazón cursaba la matemática sublime en Cartagena), dirigió al poeta una cumplida carta haciéndole ver cómo hubiera analizado su poemita, o en estilo serio, o de bur-las. De este modo, le envió una duplicada crítica, concluyendo que, pues ni una ni otra era la que le atribuía, debía estar convencido que tenía otro padre y dar por no escritas las que acababa de leer. Huerta contestó según su estilo, pero no dirigió la contestación al que le enviara la carta, la cual es otro de los opúsculos que tiene su autor dispuestos para imprimir<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> *Obras escogidas*, ed. cit., págs. 6-7.

Lamentablemente, este opúsculo no se salvó entre sus vastas colecciones manuscritas y, aunque no es descartable que acabe saliendo del fondo de algún legajo, hoy su contenido solo puede reconstruirse a partir de fuentes indirectas, en particular el libelo de Huerta que cerraría la discusión. Lo más interesante es que, al contrario de Navarrete, Vargas Ponce orientó su crítica a puntos de estilo, poética y gramática, dejando de lado los hechos de la expedición. En ese sentido, el uso instrumental de la riña para socializarse en la república de las letras es mucho más marcado. Si Navarrete había querido airear el malestar de los marinos sensatos e instruidos hacia la política africana de Carlos III y la incompetencia de Barceló, y solo en forma secundaria atacaba el mal gusto e ignorancia poética de Huerta, Vargas Ponce pretende provocar la ira del extremeño en cuestiones de poética, para así hacerse grande a fuerza de atacar a un escritor consagrado y cargado de enemigos de quienes el polemista novel quería hacerse amigo.

Lo consiguió de inmediato, pues Huerta arrancó en tromba contra él con un apabullante *Registro de algunas de las innumerables mentecatas...*<sup>21</sup>. Una vez que las intrigas políticas y las tácticas navales habían sido dejadas de lado, Huerta se siente más motivado, y si la réplica primera a *Lesmes* (que no conocemos) la había titulado modestamente *Notas y apostillas marginales*, lo que hace suponer que no fuera extensa, ahora se vacía a fondo contra su segundo atacante, enumerando hasta 37 puntos (mentecatas), casi todos ellos de pura literatura y que siguen el guion de un número similar de ataques de Vargas Ponce. Huerta era faltón, despreciativo y por momentos brutal en esta clase de intercambios, y el *Registro* es buena prueba de ese tono, que justifica la mala opinión que se ganó entre los hombres de letras de su tiempo. Empieza con un abstruso relato negando que le hubiese atribuido a Vargas la carta de *Pancracio Lesmes*:

<sup>21</sup> *Registro de algunas de las innumerables mentecatas que contiene cierta carta de D. José Vargas Ponce dirigida a D. Vicente García de la Huerta en 21 de Diciembre de 1784, haciendo crítica del Elogio del Excmo. Sr. D. Antonio Barceló, con motivo del segundo bombardeo de Argel. Por Gilillo, barrendero de la imprenta de D. Joaquín Ibarra, [1785], BN, ms. 8580, 24 hs. Lo editó Guastavino Gallent (Los bombardeos de Argel, cit., págs. 130-156). He consultado ambas versiones, manuscrita e impresa; cito el texto por la primera, aunque por comodidad para el lector remitiré a la paginación de la segunda.*

Por esta relación y confesión propia, consta que cesó el motivo primero de formar la crítica, y se infiere que el formarla fue un prurito de decir mentecatas y añadir manuscritas otras infinitas a las que tiene publicadas de letra de molde; y el pretexto de esta fazaña el desfacer el tuerto hecho al embozado Pancracio, y lo bien que lo ha desempeñado en una perfectísima quijotada, muy propia de un desbarbaduelo como Vargas, y también una mentecatada de primer orden.

No lo es menos la vanidad de creer[se] incluido por Huerta entre los siete ahuyentados *por su P. Dispersador*<sup>22</sup>. Vargas figura tan poco entre las gentes que no es creíble que ni aun para aquel fin le tuviese presente Huerta, que le conoce tanto como a los que aún no han salido de los vientres de las preñadas. Me parece que entre Vargas y su corresponsal el madrileño se haría una muy graciosa, aunque frívola, pareja (págs. 133-134).

De entrada, pues, había captado en seguida el carácter voluntario e intencionado del escrito de Vargas, su objetivo de ser tomado en cuenta, pero le pierde su necesidad de contestar, ya que la consecuencia más lógica de su acusación hubiese sido ignorar al atacante en lugar de alimentar su ego dándole lo que quería. Pero el escorpión ataca a la rana no porque le convenga, sino porque es su naturaleza, como reza la fábula.

A partir de ahí, tras el sopapo preliminar *ad hominem*, contesta las críticas literarias, métricas y gramaticales, entre muestras de desprecio. Una relación de los puntos tratados puede dar idea de la naturaleza del debate, que incluye muchos asuntos ausentes en la *Carta* de Navarrete (una crítica harto más medida y comedida) y algunos de mayor enjundia. En general Vargas Ponce pretende entrar en más honduras, aunque casi siempre lo hace de forma forzada y quisquillosa, como si estuviese ansioso de acumular errores o fealdades que no existen en la medida que desearía. Ahí es de nuevo donde se aprecia el carácter voluntarista de su crítica: lo importante es encontrar errores, aunque sean imaginarios o dudosos, porque eso sustenta la polémica y para él lo vital es polemizar. Es por eso que los reparos de Var-

gas (hasta donde podemos conocerlos por vía indirecta) no se sostienen en muchos casos y Huerta tuvo fácil responderle. Pero hay que subrayar una vez más que la polémica es un fin en sí mismo. Agrupo los temas afines e indico las mentecatas que abarcan, saltándome algunas, así como los muchos insultos salpicados por ellas.

(1ª, 3ª) Épica/lírica y epopeya/elogio. Vargas Ponce le reprochaba usar el romance octosílabo para materia épica, acogiéndose a la autoidad de Luzán, y Huerta rebate ardorosamente en defensa del verso castellano, incluso para la épica, aunque su poema no pertenezca a esta, sino al género del elogio. Por lo mismo, defiende que no tiene obligación de invocar a Apolo, como le exigía Vargas, sino que puede hacerlo a los jóvenes militares españoles, como grandes poetas hicieron a otros personajes.

(2ª) Versos duros. Vargas confunde dureza con poca fluidez: el verso en cuestión «no es, en efecto, de los más fluidos que hace Huerta, pero es de los más hermosos que puede hacer cualquiera», ya que «contiene una noble y propia expresión» (pág. 136); luego le acusa de hacer hipermétrico el verso por no captar una sinéresis<sup>23</sup>.

(4ª, 5ª, 10ª, 11ª, 14ª, 18ª, 21ª, 22ª, 23ª, 24ª, 28ª, 29ª, 30ª) Léxico y tropos. Se discute el uso de «livor» como envidia; el de «rebelde» aplicado al pueblo argelino; el de «tender» como sinónimo de extender o alargar, hablando de un saludo marinero; el de «seguir» en el verso «sigue a la marcha el buen orden»; el del adjetivo «bronco» aplicado al orgullo argelino; el uso consecutivo de dos especies de aves, «sacres» y «baharíes», cuyas cualidades se discuten; la metáfora «cien bocas» que desprenden el fuego que Piracmón había encerrado en su vientre, referida a los cañones, que Huerta dice que Vargas no entendió; el denominar «globo sulfúreo» a una bomba, a pesar de que no solo contiene azufre; el decir que las «llamas» entenebrecen el aire junto con el humo, en vez de iluminarlo, a lo que Huerta repuso que Vargas no debía de haber visto ningún incen-

<sup>22</sup> Se refiere a un célebre y soez poema suyo (el del pedo *dispersador* o *dispertador*) en que Huerta se «cagaba» literariamente en una tertulia de siete contradictores ahuyentándolos a ventosidades (cf. *Poetas*, ed. cit., págs. 487-492).

<sup>23</sup> Huerta era mejor versificador que Vargas Ponce, cuyo oído para la poesía y su dominio de los conceptos rítmicos y métricos eran bastante mejorables, como pondrá de manifiesto en obras posteriores. Pero no era tan malo como decía el extremeño, quien le acusa de haber hecho un endecasílabo de doce sílabas en su *Oda* a los infantes gemelos, citándolo mal (más adelante vuelve a citar el verso para otro asunto y lo hace bien).

dio<sup>24</sup>; el correcto sentido mitológico de «Erynnis»; la representación iconográfica de la «Envidia» comiendo víboras, que Vargas había impugnado y Huerta autoriza con Ripa, Alciato y Ovidio; si se puede decir poéticamente que el mar arde con el fuego cañonero, pues Vargas niega su imposibilidad física, pero Huerta acude a Ovidio; si un hombre puede herir a un dios como Huerta había dicho que Barceló hizo con Neptuno («porque contra Barceló / ni un dios sin auxilio puede», vv. 263-264), lo cual el extremeño autoriza con Homero y Ovidio; si se puede calificar un insulto de «cobarde»;

(7<sup>a</sup>, 25<sup>a</sup>, 36<sup>a</sup>) Errores gramaticales. Vargas Ponce había reprochado como error una concordancia en singular para dos sujetos copulados y Huerta no tiene mucho trabajo en demostrarle que es correcto, incluso con ejemplos del propio gaditano. También impugnó la frase «los cielos hieren / tremebundos estallidos», aduciendo que tendría que ser «a los cielos»: Huerta le remite a las reglas gramaticales para acusativos de cosa.

(8<sup>a</sup>, 9<sup>a</sup>, 12<sup>a</sup>, 16<sup>a</sup>, 34<sup>a</sup>, 35<sup>a</sup>) Errores históricos, geográficos y navales. Se discute si Barceló mandó más o menos naciones coligadas que otros personajes históricos, y si es más grande o no que Escipión. Huerta insiste en que «más empresas ha hecho solo Barceló contra África que todos los capitanes romanos» (pág. 142). Vargas había reprochado la aparición de unos grumetes en determinado servicio naval, que Huerta niega. Discuten también la distancia recorrida por la escuadra, que el poema había ponderado líricamente y Vargas había ridiculizado: Huerta le acusa de seguir malos libros franceses de geografía. El gaditano censura asimismo que se diga que la orden de Malta posee «valor ecuestre» ignorando según el extremeño que, a pesar de haber contribuido con buques a la campaña, esa orden es de «Caballeros».

(37<sup>a</sup>) El asunto de la utilidad de las ciencias. Lo deja para el final, aduciendo Huerta que nunca había dicho que fueran «inútiles», sino «inciertas»; afirma haber promovido el estudio militar desde hace

<sup>24</sup> Aquí es Huerta quien propina un golpe bajo, pues de sobra sabía que Vargas Ponce estuvo en el asalto de Gibraltar, donde hubo un terrible cañoneo y su batería flotante, la *Tallapiedra*, se había incendiado y estalló con gran violencia. De cielos cubiertos de humo y llamas sabía más que él.

mucho tiempo y presume de sus conocimientos de geometría, fortificación, etc.

\*

Vargas Ponce escribió desde Cádiz el 8-II-1785 a Tomás de Iriarte presentándosele y adjuntándole su epístola a Huerta, y la respuesta de este, con la tangible intención de que las propalase por los mentideros literarios<sup>25</sup>. Lo más sugerente es que se trata de una carta de presentación, pues no habían tenido trato antes, aunque el gaditano le escriba en su jocoso tono familiar. Y usa como autorrecomendación los denuestos que Huerta había lanzado contra él, que resultan el medio más adecuado para entrar en relación con Iriarte y situarse bajo su ala. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, ya se sabe, y así funcionaba la socialización de los escritores. En la carta, Vargas Ponce se le declara a Iriarte «muy apasionado suyo» y de inmediato entra en materia:

Usted sabe que hay en este mundo un ente que se llama Huerta, que ha caído en la tentación de querer ser poeta, porque ignora que

A little learning is a dangerous thing  
Drink acep, or tarte not, the Pieried's Spring<sup>26</sup>,

que un amigo lo criticó y que este me escribió que el tal coplista me achacaba la crítica; pues sepa usted que yo para *desaouzarlo* [*sic*] le hice la adjunta con ánimo de que se quedase entre los dos, que él me acusó recibo en los precisos términos que usted verá (pues no tengo rubor de enseñarlo, hecha la salva de que las varas de a cuarto no alcanzan cien leguas, con lo que conocerá cualquiera por qué no está contestado), y finalmente, que uno bajo el nombre de N. Bustos, que no sé si es un salvaje de América u nombre postizo, poniéndome, como suele decirse, como un trapo, y elevando a Huerta hasta los cuernos de la luna, me avisa que para perpetuo escarnio, está en

<sup>25</sup> A partir de un manuscrito de la Biblioteca Nacional la publicó Cotarelo, ob. cit., págs. 560-562.

<sup>26</sup> Son versos de Alexander Pope, aunque el segundo está muy deformado, no sé si en el original de Vargas o en la transcripción que de él hizo Cotarelo: «drink de-ep, or taste not the Pierian spring».

la librería de Copín puesta mi carta a la vergüenza. No la creo tan completamente mala que pueda ridiculizarme tanto; pero ocurriéndome que Huerta puede muy bien unir a lo insolente lo bribón y tergiversarla, mutilarla y presentar una copia como mejor le diere la gana, he tomado la resolución de mandar otra fiel para que, vista por usted y sus amigos, que me consta son los del mejor gusto e inteligencia, puedan hacer sus almanaques con mi hijo legítimo y no con el que me prohíjen.

Ya se ve que yo quisiera saber cuál era su dictamen, pero claro está que si usted no anduvo a la escuela con Huerta y tiene otra crianza, me dirá mil cosas líricas y ninguna verdadera, que idénticamente lo que no me acomoda; pero a bien que a la primera obra que usted publique parecida a las de mi Héroe, la he de *ensortisar* como el romance y así enseñaré a usted a ser sincero.

No es preciso mucho comentario a la red de cumplimientos, pretextos y razones con las que envuelve el envío de una pieza crítica que tiene como único propósito, una vez quitado el envoltorio, que Iriarte y su grupo le acepten entre los suyos como escritor y le avalen en la corte. Lo consiguió solo en parte, pues Iriarte no tenía demasiadas ganas de entrar en broncas con un enemigo tan destructivo como Huerta, a pesar de la innegable vanidad que le reporta el padrinazgo solicitado por el joven gaditano. Cuando llegó la cautelosa y halagadora contestación de Iriarte, Vargas escribió exultante a Navarrete copiándole las mejores partes:

Mil veces querido mío: a dos o tres tuyas contento con remitirte una copia defectuosísima de mi crítica, pero no sabe más mi amanuense, y yo no tengo lugar de copiarla. Harto siento no poder hacerlo con una preciosísima carta de Iriarte que he recibido hoy, llena de mil cosas bien dichas, pero oye siquiera una media página de ocho cumplidas que tiene:

«Esto quiere decir que yo he leído con mucha complacencia en mi retiro la fundada y graciosa crítica de usted, pero que para evitar chismes y persecuciones, no me he atrevido a soltarla de la mano, temeroso de que corra como que ha salido de ella, y de que los partidarios del censurado me insulten como a fautor del bando contrario. Si usted estuviese en Madrid y oyese el indigno estilo con que recíprocamente se tratan los Huertas y Antihuertas, conocería que el partido prudente es conservar uno dentro de sí lo que le parece y ob-

servar total silencio sobre materias en que solo resultan odiosidades y disgustos. No me detengo en individualizar cada uno de los artículos de su crítica de usted que me han dado gusto. Si alguno ha informado a usted de mi modo de pensar y de mi sistema en cuanto a poesía, estilo, críticas, etc., ya podrá usted inferir que convenimos en los principios que usted sienta y en los reparos que pone.» Hasta aquí tu justamente encomiado Iriarte, cuya carta entera puede arder en un candil, pero no tengo lugar de copiarla. Iguales y aun más enérgicas razones he recibido en cartas de Vizcaya y he oído a hombres tan sensatos como instruidos a quienes consulté mi papelejo.

Pero basta de esto para siempre, pues como creo que llegaremos a unirnos (según avisé a Pepe, pues don Vicente<sup>27</sup> te ha pedido a la corte y creo te obtenga), me sobrará lugar para que, encerrado conmigo y entre mis brazos, te demuestre y te haga confesar, 1º, que hiciste mal en escribir el don Pancracio; 2º, que ni a él ni a ti en un pelo ofende mi crítica (y no te parezca que me contradigo cuando digo en la pasada que don Martín no era don Pancracio); y 3º, que está hecha con cuantas reglas y requisitos piden semejante clase de fútiles composiciones.

Te estimo muchísimo lo que me avisas de la respuesta, que estimaré ver para reírme, pues no estoy tan mal con mi tiempo que lo emplee en contestarla, cuando hasta Mazarredo se quedará este correo sin su carta. [...] <sup>28</sup>

Como se deja entrever en algunas frases, el asunto de *Pancracio Lesmes* abrió una brecha entre ambos amigos: al parecer, Vargas no estaba del todo de acuerdo con la crítica realizada y había dicho a Navarrete que hizo mal en escribirla. Seguramente estos escrúpulos tocaban a la parte política más que a la literaria, pero solo podemos conjeturarlo. La respuesta a Huerta parece ser que fue entendida por su amigo también como una desautorización parcial de su escrito impugnatorio (y acaso le desagradara, con algo de celos, que se hubiera metido por medio en el asunto y cortejase a Iriarte por su cuenta).

<sup>27</sup> El Pepe de que se habla seguramente es José Moyúa. Vicente es Vicente Tofiño.

<sup>28</sup> Carta de Vargas Ponce a Navarrete, BMN, ms. 2403, autógrafa (copia fotográfica). La fecha no es del todo legible, pero incluye «marzo», sin duda de 1785, y parece fechada en el «Observatorio», es decir, en la Isla de León, junto a Cádiz.

Existe una carta sin fecha de Vargas a Navarrete, posterior a 15-I-1785 (no sé si anterior o posterior a la ya citada de marzo, o adjunta a ella)<sup>29</sup> que se desarrolla en estos coléricos términos:

Desde este mismo correo.

Tenía escrita la adjunta que contestaba a la tuya de 15 de enero muy enfadado, y ahora añado por vía de petardo esta, también enfadadísimo, pues veo que en lugar de desvanecerse las fundadas sospechas que contiene, te vienes afirmando en ellas y creyéndolas demostradas con la lectura que me supones de mi crítica. O te la han mandado mutilada, troncada y tergiversada, o la has leído con el ojo del culo, que es el más expuesto a flatos. Mándame al instante la copia que recibiste (porque no tengo absolutamente lugar de copiarla de nuevo), que a correo seguido te la mandaré diciéndote si está fiel o rectificando en un momento lo que está mal trasladado y aumentando lo que le puedan haber comido. Este remedio lo creo eficaz, pues aunque soy responsable con mi pecho y con mi espada, con mi mujer o hijos, y con mis bienes vinculados y mostrencos habidos y por haber de cuanto escribí de mi puño y firmé de mi mano, no lo soy ni puedo serlo de lo que se hayan engullido o cagado de suyo el que te la remitió.

O habías visto mi crítica cuando empezaste tu última carta, o no la habías visto. Si lo primero, eres el animal de carga más grande que han producido ni producirán todas las bestias de este mundo, aunque paran las mulas, pues de ellas solo debía tratar tu carta, y no de tanta chocarrería: decirme qué lugares de ella te pican, cuáles reparos aunque fuesen muy por encima están bien o mal puestos, y mandar-me a la mierda y jurarme por el análisis del Quijote de darme de cachetes [...] si es que yo hubiese incurrido (que no lo he hecho ni permita Dios tal cosa) en la avilantez de negarme a tu amistad y burlarme de ti.

Si no la habías visto hasta después de escrita y solo por la ida del correo pudiste poner esta preñada posdata: *hemos visto tu crítica a Huerta; no parece tuya, yo tengo sobrados motivos para dudarle, léela de nuevo. Mándamela, que es lo mejor; no partas de ligero, que si el no parece mía es porque está tan extremadamente mala, acaso en eso tendrás razón y habré de tener paciencia y darte gracias porque me haces la merced de suponer no parece mía una cosa por mala; pero si*

<sup>29</sup> BMN, ms. 2403, autógrafo (fotografía).

alude en que de algún modo te falto a ti o a mí o al espíritu del cuerpo: eso no, voto a tantos, mientes como cristiano y anda caballero que mal andes, por el Dios que criome que si no dejas la carrera de tan mal pensamiento, así te matas [como] Vargas sabrá sacar la cara y cortárselos a quien imaginare que no soy tu amigo por mar, tu amigo por tierra y tu amigo por el diablo que te lleve, y mira si [otro dices cosas].

El marqués de Rocaverde es un junípero y no tiene de qué quejarse: carta alguna le debo, aunque también es verdad que yo creo que no me las debe. He estado y estoy ocupadísimo y demoraba de un correo a otro el escribirle.

Barcaiztegui es un cabronazo poltrón holgazán a quien no he debido jamás una letra, ni el que me mandase las cartas de Iriarte, y si está quejoso eso es idénticamente lo que yo hacía cuando pequeño. Daba un coscorrón a mi hermano y luego me ponía a llorar para que a él y no a mí riñesen.

A Pinedo le levantas sin duda el falso testimonio de que está con cuidados, pues jamás nos hemos escrito sino por tablilla, y estoy seguro no es capaz todo un teniente de navío de esas pequeñeces.

Cúrate por Dios del mal de madre de tan frías sospechas. Habla claro por qué te parece mala mi crítica y estando solvente de esto da millones de memorias a [...]

Tuyo todo y siempre Vargas [rúbrica].

Fue su primera bronca, pero no sería la última<sup>30</sup>. El mundo literario estaba erizado de celos y vanidades, e incluso dos grandes amigos que pensaban igual y aspiraban a los mismos objetivos se distanciaban al atacar al enemigo común que habían buscado.

\*

Insisto en que polemizar era para estos escritores noveles, sobre todo, un modo de que les tomaran en cuenta. Para ambos el poeta

<sup>30</sup> Mantuvieron una amistad de más de cuatro décadas, pero sus suertes personales y políticas se fueron cruzando y cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo: en cada ocasión el caído en desgracia mostraba un cierto rencor al favorecido por la fortuna y le reprochaba no hacer todo lo posible por ayudarlo. No obstante, nunca rompieron el vínculo y superaron los celos y sospechas; además, Vargas Ponce idolatraba a la mujer e hijos de Navarrete.

extremeño era un blanco sustitutorio en dos sentidos distintos: en lo naval, era un medio indirecto para criticar a Barceló; en lo literario, suponía un resorte con el que ser oídos en los círculos letrados de Madrid. En esta controversia, en la que Huerta, que como le había advertido Iriarte era un peso pesado en esos cuadriláteros, propinó puñetazos dialécticos bien fuertes, cada golpe del extremeño daba un premio a la vanidad del riojano y del gaditano; cada insulto les acercaba más adonde querían llegar. Para Vargas Ponce en concreto aquel fue un episodio satisfactorio, que está en el punto de inflexión clave de su carrera. Había ganado un prestigioso premio, tenía dos libros impresos, se había hecho un rencoroso enemigo en la corte (Huerta) y se había arrimado a un poderoso amigo (Iriarte), ya había sonado su nombre en los gabinetes y se habían pasado de mano en mano algunos de sus escritos: era hora de presentarse allí, cosa que pudo hacer a finales de 1785. En ese Madrid anhelado le estaba esperando una carrera literaria en la que, por arte de polemista, ya se había situado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arce, Joaquín: *La poesía del siglo ilustrado*. Madrid, Alhambra, 1981.
- Cañedo Fernández, Jesús: «Martín Fernández de Navarrete, crítico literario. Un joven marino y la literatura a finales del siglo XVIII», en Eugenio de Bustos Tovar (dir.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, Salamanca, AIH-Consejo General de Castilla y León-Universidad de Salamanca, 1982, vol. II, págs. 243-253.
- Durán López, Fernando: *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997.
- Fernández de Moratín, Leandro: *Los Moratines. Obras completas I. Obras de Nicolás F. de Moratín. Diarios. Epistolario de Leandro*. Ed. Jesús Pérez Magallón. Madrid, Cátedra, 2008.
- García de la Huerta, Vicente: *Poesías*. Ed. de Miguel Ángel Lama. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1997.
- Guastavino Gallent, Guillermo: *Los bombardeos de Argel en 1783 y 1784 y su repercusión literaria*. Madrid, CSIC, 1950.
- : «Otra versión poética de los bombardeos de Argel por Barceló», en *De ambos lados del estrecho, estudios breves hispano-africanos*, Tetuán, Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-árabe, 1955, págs. 103-118.

- Ríos Carratalá, Juan Antonio: *Vicente García de la Huerta (1734-1787)*. Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 1987.
- : «Vicente García de la Huerta y los bombardeos de Argel (1783-1784)», en *España y el norte de África. Bases históricas de una relación fundamental. (Aportaciones sobre Melilla)*, Granada, Universidad de Granada, 1987, tomo II, págs. 57-65.
- Vargas Ponce, José: *Obras escogidas*. Ed. de Fernando Durán López. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2012.